DON CATRIN DE LA FACHENDA,

POR EL

PENSADOR MEXICANO.

VIDA Y HECHOS

DEL FAMOSO CABALLERO

D. CATRIN DE LA FACHENDA.

CAPITULO I.

En el que hace la apologia de su obra, y da razon de su patria, padres, nacimiento y primera educacion.

SERIA yo el hombre mas indolente, y me haria acreedor á las escecraciones del universo, si privara á mis compañeros y amigos, de este precioso librito, en cuya composicion me he alambicado los sesos, apurando mis no vulgares talentos, mi vasta erudicion, y mi estilo sublime y sentencioso.

No, no se gloriará en lo de adelante mi compañero y amigo el *Periquillo Sarniento*, de que su obra halló tan

buena acogida en este reino; porque la mia, descargada
episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de m
lidades cansadas, y reducida á un solo tomito en octa
se hará desde luego mas apreciable y mas legible: and
no solo de mano en mano, de faltriquera en faltriquera
de almohadilla en almohadilla; sino de ciudad en ciudad,
reino en reino, de nacion en nacion, y no parará sino d
pues que se hayan hecho de ella mil y mil impresiones
los cuatro ángulos de la tierra.

Sí, amigos catrines y compañeros mios: esta obra fa
sa correrá.... dije mal, volará en las alas de su fama
todas las partes de la tierra habitada y aun de la inhab
da: se imprimirá en los idiomas español, ingles, frances,
man, italiano, arábigo, tártaro, &c.; y todo hijo de Ad
sin esceptuar uno solo, al oir el sonoroso y apacible no
bre de D. Catrin, su único, su eruditísimo autor, rend
la cerviz, y confesará su mérito recomendable.

¿Y cómo no ha de ser así, cuando el objeto que me
pongo es de los mas interesantes, y los medios mas sóli
y eficaces? El objeto es aumentar el número de los ca
nes; y el medio, de proponerles mi vida por modelo.... h
aquí en dos palabras todo lo que el lector deseará sa
acerca de los designios que he tenido para escribir mi
da; pero ¿qué vida? la de un caballero ilustre por su cu
sapientísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ej
plar por su conducta, y héroe por todos sus cuatro co
dos; pero basta de ecsordio, *operibus credite*. Atended.

Nací, para ejemplo y honra vuestra, en esta opulenta
populosa ciudad por los años de 1790 ó 91, de manera q
cuando escribo mi vida tendré de treinta á treinta y
años, edad florida, y en la que no se debian esperar tan
frutos de literatura y moralidad tan maduros como los v
á ver en el discurso de esta obrita. Pero como cada sig
suele producir un héroe, me tocó á mí ser el prodigio
siglo XVIII en que nací, como digo, de padres tan ilust
como el César, tan buenos y condescendentes como yo
hubiera apetecido aun antes de ecsistir, y tan cabales ca
nes que en nada desmerezco su linage.

Mis padres, pues, limpios de toda mala raza, y tambien de toda riqueza, ¡propension de los hombres de mérito! me educaron segun los educaron á ellos, y yo salí igualmente aprovechado.

Aunque os digo que mis padres fueron pobres, no os significo que fueron miserables. Mi madre llevó en dote al lado de mi padre dos muchachos y tres mil pesos: los dos muchcahos, hijos clandestinos de un título, y los tres mil pesos tambien suyos, pues se los regaló para que los mantuviera. Mi padre todo lo sabia; pero ¿cómo no habia de disimular dos muchachos plateados con tres mil patacones de las Indias? Desde aquí os manifiesto lo ilustre de mi cuna, el mérito de mamá y el honor acrisolado de mi padre; pero no quiero gloriarme de estas cosas: los árboles genealógicos que adornan los brillantes libros de mis ejecutorias, y los puestos que ocuparon mis beneméritos ascendientes en las dos lucidísimas carreras de las armas y las letras, me pondrán *usque in aeternum*, á cubierto de las notas de vano y sospechoso, cuando os aseguro á fé de caballero D. Catrin, que soy noble, ilustre y distinguido, por activa, por pasiva y por impersonal.

Mas volviendo al asunto de mi historia, digo, que por la ceguedad de la fortuna nací, á lo menos, con tal cual decencia y proporciones, las que sirvieron para que mi primera educacion hubiera sido brillante.

No habia en mi casa tesoros; pero sí las monedas necesarias para criarme, como se me crió con el mayor chiqueo. Nada se me negaba de cuanto yo queria: todo se me alababa, aunque les causara disgusto á las visitas. A la edad de doce años, los criados andaban debajo de mis piés, y mis padres tenian que suplicarme muchas veces el que yo no los reconviniera con enojo: ¡tanta era su virtud, tal su prudencia, y tan grande el amor que me tenian!

Por contemporizar con un tio cura, eterno pegoste y mi declarado enemigo *ab ineunte oetate*, desde mis primeros años me pusieron en la escuela, ó por mejor decir, en las escuelas, pues varié á lo menos como catorce; porque en unas descalabraba á los muchachos, en otras me ponia

buena acogida en este reino; porque la mia, descargada de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de moralidades cansadas, y reducida á un solo tomito en octavo, se hará desde luego mas apreciable y mas legible: andará no solo de mano en mano, de faltriquera en faltriquera, y de almohadilla en almohadilla; sino de ciudad en ciudad, de reino en reino, de nacion en nacion, y no parará sino despues que se hayan hecho de ella mil y mil impresiones en los cuatro ángulos de la tierra.

Sí, amigos catrines y compañeros mios: esta obra famosa correrá.... dije mal, volará en las alas de su fama por todas las partes de la tierra habitada y aun de la inhabitada: se imprimirá en los idiomas español, ingles, frances, aleman, italiano, arábigo, tártaro, &c.; y todo hijo de Adan, sin esceptuar uno solo, al oir el sonoroso y apacible nombre de D. Catrin, su único, su eruditísimo autor, rendirá la cerviz, y confesará su mérito recomendable.

¿Y cómo no ha de ser así, cuando el objeto que me propongo es de los mas interesantes, y los medios mas sólidos y eficaces? El objeto es aumentar el número de los catrines; y el medio, de proponerles mi vida por modelo.... He aquí en dos palabras todo lo que el lector deseará saber acerca de los designios que he tenido para escribir mi vida; pero ¿qué vida? la de un caballero ilustre por su cuna, sapientísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ejemplar por su conducta, y héroe por todos sus cuatro costados; pero basta de ecsordio, *operibus credite*. Atended.

Nací, para ejemplo y honra vuestra, en esta opulenta y populosa ciudad por los años de 1790 ó 91, de manera que cuando escribo mi vida tendré de treinta á treinta y un años, edad florida, y en la que no se debian esperar unos frutos de literatura y moralidad tan maduros como los vais á ver en el discurso de esta obrita. Pero como cada siglo suele producir un héroe, me tocó á mí ser el prodigio del siglo XVIII en que nací, como digo, de padres tan ilustres como el César, tan buenos y condescendentes como yo los hubiera apetecido aun antes de ecsistir, y tan cabales catrines que en nada desmerezco su linage.

Mis padres, pues, limpios de toda mala raza, y tambien de toda riqueza, ¡propension de los hombres de mérito! me educaron segun los educaron á ellos, y yo salí igualmente aprovechado.

Aunque os digo que mis padres fueron pobres, no os significo que fueron miserables. Mi madre llevó en dote al lado de mi padre dos muchachos y tres mil pesos: los dos muchcahos, hijos clandestinos de un título, y los tres mil pesos tambien suyos, pues se los regaló para que los mantuviera. Mi padre todo lo sabia; pero ¿cómo no habia de disimular dos muchachos plateados con tres mil patacones de las Indias? Desde aquí os manifiesto lo ilustre de mi cuna, el mérito de mamá y el honor acrisolado de mi padre; pero no quiero gloriarme de estas cosas: los árboles genealógicos que adornan los brillantes libros de mis ejecutorias, y los puestos que ocuparon mis beneméritos ascendientes en las dos lucidísimas carreras de las armas y las letras, me pondrán *usque in aeternum*, á cubierto de las notas de vano y sospechoso, cuando os aseguro á fé de caballero D. Catrin, que soy noble, ilustre y distinguido, por activa, por pasiva y por impersonal.

Mas volviendo al asunto de mi historia, digo, que por la ceguedad de la fortuna nací, á lo menos, con tal cual decencia y proporciones, las que sirvieron para que mi primera educacion hubiera sido brillante.

No habia en mi casa tesoros; pero sí las monedas necesarias para criarme, como se me crió con el mayor chiqueo. Nada se me negaba de cuanto yo queria: todo se me alababa, aunque les causara disgusto á las visitas. A la edad de doce años, los criados andaban debajo de mis piés, y mis padres tenian que suplicarme muchas veces el que yo no los reconviniera con enojo: ¡tanta era su virtud, tal su prudencia, y tan grande el amor que me tenian!

Por contemporizar con un tio cura, eterno pegoste y mi declarado enemigo *ab ineunte oetate*, desde mis primeros años me pusieron en la escuela, ó por mejor decir, en las escuelas, pues varié á lo menos como catorce; porque en unas descalabraba á los muchachos, en otras me ponia

con el maestro, en estas retozaba todo el dia, en aquellas faltaba cuatro ó cinco á la semana; y en estas y las otras aprendí á leer, la doctrina cristiana segun el catecismo de Ripalda, á contar alguna cosa, y á escribir mal, porque yo me tenia por rico, y mis amigos los catrines me decian que era muy indecente para los nobles tan bien educados como yo, el tener una letra gallarda, ni conocer los groseros signos de la estrafalaria ortografia. Yo no necesitaba tan buenos consejos para huir las necias preocupaciones de estos que se dicen *sensatos*, y así procuré leer y contar mal, y escribir peor.

¿Qué se me da, amados catrines, parientes, amigos y compañeros mios, qué se me da, repito, de leer así ó asado; de sumar veinte y once son treinta y seis: y de escribir, *el cura de Tacubaya salió á casar conejos?* Dicenme que esto es un disparate: que los curas no casan conejos sino hombres racionales: que cazar con *z* significa en nuestro idioma castellano matar ó coger algun animal con alguna arma ó ardid, y casar con *s* es lo mismo que autorizar la liga que el hombre y la muger se echan al contraer el respetable y santo sacramento del matrimonio. ¿Qué se me dá, vuelvo á deciros, de estas y semejantes importunas reconvenciones? Nada, á la verdad; nada seguramente; porque yo he tratado y visto murmurar á muchos ricos que escribian de los perros; pero á vueltas de estas murmuraciones los veia adular, y recomendar por los mas hábiles pendolistas del universo; lo que me hace creer, queridos mios, que todo el mérito y habilidad del hombre consiste en saber adquirir y conservar el fruto de los cerros de América.

Tan aprovechado como os digo, salí de la escuela, y mis padres me pusieron en el colegio para que estudiara, porque decian los buenos señores que un D. Catrin no debia aprender ningun oficio, pues eso seria envilecerse; y así que estudiara en todo caso para que algun dia fuera ministro de estado, ó por lo menos patriarca de las Indias.

Yo en ese tiempo era mas humilde ó tenia menos conocimiento de mi mérito, y así no pensaba en honras ni vanidades, sino en jugar todo el dia, en divertirme y pasarme buena vida.

Los maestros impertinentes me reñian, y me obligaban á estudiar algunos ratos, y en estos.... ¡lo que es un talento agigantado! en estos cortos ratos que estudié á fuerza, aprendí la gramática de Nebrija y toda la latinidad de Ciceron en dos por tres; pero con tal felicidad, que era la alegría de mis condiscípulos y la emulacion de mis cansados preceptores. Aquellos reian siempre que yo construia un verso de Virgilio ó de Horacio, y éstos se rebanaban las tripas de envidia al oirme hacer régimen de una oracion, porque yo les hacia ver á cada paso lo limitado de sus talentos y lo escesivo del mio.

Me decian, por ejemplo, que *ego, mei*, no tenia vocativo, y yo les decia que era fácil ponérselo, y necesario el que lo tuviera; pues no teniendo vocativo, no se podrá poner en latin esta oracion: *¡O yo el mas infeliz de los nacidos!* y poniéndole el vocativo *ego*, diremos: *O ego infelicior natorum*, y ya está vencida esta dificultad, y se podrán vencer así iguales injusticias y mezquindades de los gramáticos antiguos.

La oposicion que hice á toda gramática fué de lo mas lucido; ni uno hubo que no se tendiera de risa al oirme construir aquel trilladísimo verso de Virgilio:

Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi,

Que volví al castellano de este modo:

Tu recubans, tú amarrarás; *Tityre*, á los títeres; *patulae*, de las patas; *fagi*, con una faja; *sub tegmine*, bajo de ciertos términos. Todos se reian, celebrando, ya se vé, mi habilidad; pero los maestros se ponian colorados, y aun me querian comer con los ojos desde sus sillas; ¡tanta era la envidia que los agitaba! Pero en fin, yo recogí mis galas, mis padres quedaron muy contentos, y me pusieron á estudiar filosofia.

En esta facultad salí tan aprovechado como en gramática. A los dos meses ya argüia yo en *bárbara* que era un pasmo, y tenia un *ergo* tan retumbante, que hacia estremecer las robustas columnas del colegio, siempre con asom-

bro de mis condiscípulos y bastante envidia de mis maestros.

Una ocasion, arguyendo con un rancio peripatético que defendia la ecsistencia de cierto animal llamado entre sus antiguos patronos *ente de razon*, despues de varias cosas que le dije, añadí este silogismo concluyente:

Si per alicujus actus aficeretur entis ratio, maximé per huic: per huic non; ergo per nullius. Las mesas y bancas de la clase resonaron con el palmoteo de los colegiales, que ya con su desentonada risa no dejaron proseguir el argumento; el sustentante me dió un apretado abrazo, y medio real de carita, diciéndome: Tenga vd. el gusto de que es mas fácil concebir un ente de razon, que poner otro silogismo en un latin tan crespo y elegante. Todos me aplaudieron, todos me celebraron ese dia, y no faltó quien escribiera el silogismo con letras de oro, y lo pusiera sobre las puertas de la aula con este mote: *Ad perpetuam rei memoriam, et ad nostri Catrinis gloriam:* que resuelto á romance queria decir: Para gloria de la memoria de la historia latinoria del ilustrísimo Catrin, que es de los nuestros Catrines. ¿Qué os parece, amigos y compañeros? ¿No os admira mi habilidad en tan pocos años? ¿No os espanta mi fama tan temprana? ¿No os ejemplariza mi conducta? Pues imitadme, y lograreis iguales aplausos.

Así pasaron los dos años y medio del curso de artes, en los que tuve el alto honor de haber cursado la Universidad y el colegio con enteras aprobaciones de mis catedráticos y concolegas.

Al cabo de este tiempo, por parecerme poco premio, no quise obtener el primer lugar *in rectum* que me ofrecian, y me contenté con el grado de bachiller, que le costó á mi padre treinta y tantos pesos, me parece: y aun este lo admití porque ya sabia yo cuán necesario es ser bachiller en artes para adquirir los grados de licenciado, doctor y maestro; y como ser bachiller en artes es *conditio sine qua non*, me fué preciso bachillerear contra mi gusto.

Sin embargo, con mi gran título y diez y ocho años á cuestas, me divertia en las vacaciones que tuve, pasando el

tiempo con mis compañeros y amigos, que eran muchos, tan instruidos y tan buenos como yo.

Así que al tio cura le pareció que ya perdia demasiado tiempo, instó á mis padres para que me volvieran á soterrar en el colegio á estudiar facultad mayor; pero les dijo que consultaran con mi inclinacion para que se procediera con acierto.

Yo tenia muy poca ó ninguna gana de continuar una carrera tan pesada como la de las letras, por dos poderosísimas razones; la primera, por no sufrir la envidia que los maestros me tenian al ver cómo desarrollaban mis talentos; y la segunda, porque ya me consideraba bastante instruido con el estudio que tenia hecho, para disputar de cualquiera ciencia con el mismo Salomon.

Resuelto de esta manera, le dije á mi padre que no queria continuar en los estudios, porque las ciencias no eran sino unas charlatanerías importunas que no proporcionaban á los hombres sino aflicciones de espíritu, quebraderos de cabeza y ningun premio; pues para un medio sabio que cogia el fruto de sus tareas literarias al cabo de los años mil, habia novecientos arrinconados en el olvido y la miseria.

Mi padre tenia talento; pero como reconocia muchas ventajas en el mio, se encogió de hombros como quien se sorprende, y no hizo mas sino trasladar la respuesta á la noticia de mi pesado tio el cura, con quien, por esta causa, tuve una molesta disertacion, como vereis en el capítulo que sigue.